

# «El nacimiento de Benjamín»

Ignacio Morán

San Luis, Argentina

Miguel se arrodilló y sintió como el frío de la madera atravesaba la tela de jean; juntó los brazos, entrelazando los dedos, inclinó la cabeza hacia adelante y comenzó a rezar. El silencio y el olor a barniz eran penetrantes. La acústica muerta y la solemne iluminación cálida acusaban al templo de antiguo, de viejo, de espacio terminal, moribundo y abandonado. En la iglesia sólo había cuatro personas: Miguel que oraba en silencio, conteniendo el llanto; una señora vestida de negro que acompañaba a un joven ciego, paralítico y mal formado; y el cura, un hombre anciano que miraba desde el altar a aquellos fieles desesperados, que buscaban esperanza o perdón, según entendía él, en el lugar equivocado. El padre Guillermo estaba harto del lloriqueo mundano, prueba irrefutable de la debilidad del ser humano, víctima y creador de todos sus males.

El cura esperó algunos minutos y, luego de que los desgraciados hicieran la señal de la cruz sobre sus frentes, se acercó hacia ellos y, con una pequeña máquina que sacó de su bolsillo, escaneó el código de barras tatuado en la muñeca derecha de la señora vestida de negro y de Miguel. La confirmación de la transferencia llegó inmediatamente, haciendo brillar la pulsera que el padre tenía en la mano izquierda. Una vez concretado el pago, el cura besó la frente de sus fieles y los bendijo con un gesto desganado. Antes de retirarse de la iglesia, Miguel se acercó a Guillermo y pidió el sacramento de la penitencia y la reconciliación. El cura volvió a escanear su muñeca y le indicó que caminara hacia un pequeño cuarto de madera, oscuro, frío y vergonzante. Ambos se sentaron, uno de cada lado de la ridícula rejilla romboidal.

El padre esperó impacientemente a que el llanto de Miguel se detuviera, pensó en alcanzarle un pañuelo, pero no logró conmoverse lo suficiente para justificar una caminata de ida y de vuelta hasta el altar. Finalmente, el pecador se secó los ojos con las palmas de sus manos y se limpió la nariz con la manga del saco, respiró profundo y comenzó a narrar sus miserias. Miguel contó que estaba esperando un hijo y que, al igual que todos los futuros padres, era víctima de una angustia incontrolable. Sabía que el peor desenlace llegaría, año tras año, las probabilidades de nacimientos de humanos no inteligentes aumentaban y nada se podía hacer al respecto. Guillermo ni siquiera intentó consolar a su confesor. Cuando los niños malformados empezaron a llegar al mundo, el cura intentaba convencer a los padres y a las madres de que debían esperar a que el bebé naciera, les ofrecía esperanza. Pero las estadísticas eran contundentes y las probabilidades de que Miguel tuviera un hijo con todas las capacidades cognitivas era casi nula. El cura se limitó a señalar que todos los niños eran hijos de Dios y que debían ser amados pase lo que pase. ¿Por qué dejamos que esto suceda? gritó Miguel, dejando explotar una pequeña bomba de llanto, un espasmo torpe y húmedo que salió del cuerpo como un vómito contenido durante años. El padre le pidió que guardara la compostura, pero la inestabilidad emocional de Miguel ya se había liberado. ¿Cómo pudimos hacernos esto? insistió. Al parecer no éramos tan inteligentes como pensábamos, respondió el cura.

Miguel regresó a su casa antes del mediodía, dejó los zapatos en la puerta y se desplomó sobre el sillón. Su esposa entró en el cuarto en forma silenciosa, como un gato, con nubes en los pies. Se acercó a su esposo y le besó la frente. Miguel se sobresaltó, estaba entredormido.

- ¿Cómo estás, cielo? - preguntó Camila, mientras masajeara los hombros de su esposo.

- Estoy bien, amor, un poco cansado. - Miguel mentía y su mujer lo sabía.

- ¿Querés que le pida a Alma que nos cocine algo rico? Podemos comer en el jardín.

- Sería extraordinario. - el entristecido hombre seguía fingiendo.

- Alma: ¿qué podrías prepararnos hoy? - dijo Camila, después de aplaudir dos veces.

Desde un parlante incrustado en el cielo raso salió una voz metálica, con tintes femeninos y un acento neutro.

- Hoy puedo ofrecerles lasaña, carne al horno con papas o merluza al romero.

- ¿Qué te parece? A mí me tienta el pescado. - dijo la joven mujer.

- Es una excelente decisión, el almuerzo estará listo a las 13:04 hs. - contestó la voz.

- Me voy a recostar un rato, antes de que esté la comida. - dijo Camila, tocándose el abultado vientre e inclinando la espalda hacia atrás, intentando enderezarse.

- Está bien, cielo, el médico dijo que tenés que hacer reposo.

Cuando Camila salió del cuarto, Miguel se acomodó en el sillón y le pidió a Alma que prendiera la televisión. La voz metálica asintió gentilmente y le preguntó qué deseaba ver:

- ¿Quiere que ponga un partido de fútbol, las carreras o el noticiero? - preguntó Alma.

- Búscame algo sobre el nacimiento de humanos no inteligentes y mal formados. - la voz subordinada le advirtió a Miguel que a su esposa no le gustaría que viera eso.

- Baja un poco el volumen. - ordenó Miguel.

La pared del living empezó a brillar y un científico, con lentes rectangulares y bata blanca, comenzó a hablar sobre la malformación. De manera muy didáctica y utilizando algunos gráficos y recreaciones animadas, demostró cómo el uso y abuso prolongado de la inteligencia artificial había producido una des-evolución biológica del encéfalo humano.

- Las capacidades cognitivas que no utilizamos se fueron deteriorando al punto de que nuestra naturaleza genética empezó a considerarlas innecesarias, abandonando su desarrollo. - sentenció el profesional y luego expuso una ilustración sobre la evolución y la inevitable des- evolución del hombre. El dibujo comenzaba con un simio que evolucionaba hasta llegar al Homo Sapiens Sapiens y luego comenzaba a des-evolucionar hasta volver al simio.

Miguel se inclinó hacia adelante, haciendo un gesto elocuente de negación. Desde el cuarto se escuchó un grito agudo, de miedo y de dolor.- La señora empezó con el trabajo de parto. Tenemos que ir al hospital, ya apague el horno, abrí la cochera y encendí el auto. - la voz metálica estaba histérica y Miguel se puso de pie, aturdido, en estado de shock.

- Rápido, rápido, hay que ir al hospital. - insistió Alma.

Miguel pudo abandonar su estado catatónico y fue en busca de Camila y el bolso que Alma les había dejado preparado hacía varias semanas. Apoyándola sobre su hombro la ayudó a caminar hacia el auto, abrió la puerta y se sentaron en el asiento trasero.

- Los llevaré al hospital central, es la mejor opción para este momento. - dijo Alma y manejó el auto hasta el destino señalado.

Luego del parto, los médicos se llevaron al bebé para escanearlo. Miguel aguardó en la sala de espera, mirando hipnóticamente las publicidades de snacks saludables que se proyectaban sobre una de las cuatro paredes. Una enfermera se hizo presente veinte minutos después y le confirmó al nuevo padre lo que tanto había temido: su hijo era un humano no inteligente. No podrá hablar y sus capacidades comunicativas serán primarias, como la de los animales, dijo la señora. También agregó que en el escáner no había aparecido ninguna malformación física, por lo que el niño desarrollaría a la perfección sus cinco sentidos y podría moverse con normalidad. Miguel rompió en llanto e intentó abrazar a la enfermera, pero la señora lo esquivó con una frialdad ensayada. Le pidió que se tranquilizara y luego le informó que en una hora, su esposa y su hijo, ya estarían listos para volver a su casa. Miguel acercó la pulsera digital que tenía en la mano izquierda a su boca y ordenó:

- Alma, necesitamos pañales. Y también que pienses un nombre para nuestro bebé.

- No se preocupe, ya tenemos todo lo necesario en la casa. Benjamín será un hermoso nombre para el niño, señor. - respondió la voz robótica, al instante.

## «El nacimiento de Benjamín»

Ignacio Morán  
San Luis, Argentina.

**PRIMER PREMIO**

**Ganador de Categoría - Relato de Ficción**  
**IV Concurso Escritura Creativa UPE - 2025**

*“El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones”*



UNIVERSIDAD  
PROVINCIAL  
DE EZEIZA



Universid  
Pública  
Argentina